

AMANECER EN AL CAMINO DE SANTIAGO Tras mi semana de caminante peregrino. Sigo imbuido de la magia del camino y quiero retener en los laberintos de mi memoria cada momento vivido. Día a día, amanecía en el callado camino, paso, a paso, marchaba el sonido de mis pisadas sobre la crujiente senda, descubría los nacientes rayos del sol abrirse sobre el horizonte como espadas de luz en la oscuridad, miro allí, sobre la colina, desafiante y altiva esta aún presente la reina de la noche, ella. La brillante luna llena plateada, compañera muda, de la soledad compartida. Paso a paso, subo la colina y con el aliento contraído, percibo la luz tenue del alba, y abro mis ojos a la tupida alfombra verde que se expande sobre los montes y prados, una fina delicada neblina flota lentamente, veía su entorno blanco, quedo extasiado contemplando este espacio sin fin, colmado de paz, color y luz, al fondo se recorta el perfil ondulado de las montañas de Galicia. A estrecha y angosta senda se adentra entre frondosos bosques y me sumerge en la sutil bruma, que devora a los peregrinos, como fantasmas adsorbidos por su luz blanquecina. Vuelve la saledad a cubrir el compás de mis pasos. Mi mente pinta; los colores del paisaje, el color a tierra húmeda, el trino de los pájaros, el torrente cristalino de las acequias y arroyos, la música del viento entre los castaños y robles, brota un poema, dejo que mis palabras se pierdan en este paraíso, camino solo, desnudo en medio de esta belleza infinita que vibra a cada instante. Soy una gota en el universo. Amanece, la bruma se diluye como las olas en la orilla. Mi sombra, me convierte en gigante de las largas piernas y cabeza pequeña. Camino hacia poniente a Compostela. ¡Soy un peregrino en el camino de la vida. Rafael Reche Silva